



Antología de Ética

**Una aproximación al
ideal de la paz desde la
imaginación ética**

Una aproximación al ideal de la paz desde la imaginación ética.

Por Dora Elvira García González.

Comentada por María Teresa García Quintanal.

Resumen:

En este artículo se analiza la posibilidad de construir la paz partiendo de la realidad violenta que vivimos y atisbando modos posibles de trascender y transformar dicha realidad. Esto abre cauces que trastocan las apuestas defensoras de tal violencia como una realidad inapelable, cuyas formas son invisibles, legitimadas y naturalizadas. Trastocar las diversas expresiones de la violencia exige dirimir los conflictos para romper el ciclo de la misma y transformarlo en procesos pacíficos. La hipótesis sostenida alude a la posibilidad de la construcción de la paz —o paces— mediante el recurso de la imaginación ética que logre la reconciliación.

Palabras clave.

Conflicto, Imaginación Ética, Paz, Transformación, Violencia

Una aproximación al ideal de la paz desde la imaginación ética.

Por Dora Elvira García González.

Comentada por María Teresa García Quintanal.

El escenario del que partimos

Entiendo la violencia como afrentas evitables a las necesidades humanas básicas y más globalmente contra la vida. (GALTUNG, 2003: 27)

La huella que ha dejado la violencia a lo largo de la historia no puede obviarse y menos aun en los espacios donde vivimos cotidianamente. Las aspiraciones para mirar con mayor claridad en este escenario obligan a reflexionar en torno a la naturalización de la violencia y su papel como disposición justificadora del mal en el mundo.

Parecería que el ser humano es violento por naturaleza, y con esto en mente, se justifica la misma violencia pensando que no se tiene salida o como evitarla.

Las posibilidades de entrever la realidad de otro modo son canceladas al pensarlas como inútiles por considerarlas utópicas. Sin embargo, definiendo que, a pesar de estas apreciaciones recelosas, estamos obligados a buscar situaciones de paz y encontrar rumbos, repensando y resignificando la realidad frente a nosotros, para indagar posibles alternativas desde una imaginación de carácter ético. Esto escapa a ciertas visiones pesimistas que consideran las propuestas pacifistas como una utopía, de modo que las posiciones que parten desde la ética y buscan la paz no tienen cabida en el ámbito público y político de la vida. Desde este punto de vista, las pretensiones de paz con tintes éticos son acotadas y olvidadas por razones pragmáticas. Por fortuna, los anhelos de alcanzar dicha paz no menguan ante las agresiones cotidianas, ante la violencia generalizada y frente a los asesinatos deliberados de inocentes, como si

esto fuera parte de la realidad y no se pudiera evitar; o como si las medidas tomadas por las fuerzas desmedidas del Estado fueran exigidas irremisiblemente para proteger la seguridad pública (Nardin, 1996: 54).

El problema de pensar que la violencia no se puede evitar es que hay siempre víctimas inocentes en todo conflicto.

Sin duda, los paradigmas belicistas están asentados en nuestras sociedades, en las estructuras y también en nuestros imaginarios colectivos. Estos paradigmas constituyen la violencia estructural, pero también cultural, justificadora de tales comportamientos que se asientan en la primera. La superación de la violencia —su trascendencia y transformación en la sociedad— requiere procesos de cambio, toma de conciencia y propuestas éticas con el fin de pensar de manera creativa en situaciones más justas y mejores para todos los miembros de la sociedad. Esta superación también se relaciona con una forma creativa e imaginativa de lidiar con los conflictos, para finalmente incluir la realización de procesos de reconciliación.

El ser humano se comunica esencialmente a través del lenguaje para transmitir ideas. Sin embargo, en ocasiones, la claridad en la comunicación se ve obstaculizada, ya sea por la falta de precisión del emisor o por la incapacidad del receptor para comprender la idea planteada. Esta falta de entendimiento puede dar lugar a conflictos, que surgen a raíz de la interpretación errónea de una petición, comentario o acción.

El ser humano se encuentra constantemente ante el desafío de interpretar las ideas propuestas por otros y las acciones que estos emprenden. El problema fundamental que aborda este texto es que, como sociedad, no hemos aprendido a resolver estos "conflictos" de manera pacífica. No hemos logrado establecer una comunicación efectiva que nos permita resolver desacuerdos mediante un diálogo constructivo, comprendiendo de manera precisa las necesidades e ideas de los demás, sin recurrir a la violencia.

Para lograr esto, es necesario un proceso de cambio que involucre la imaginación y transforme los patrones de comportamiento violentos en interacciones basadas en un diálogo constructivo. En lugar de seguir la lógica de "si te agreden, responde con más fuerza", la propuesta es adoptar la perspectiva de "si te enfrentas a una agresión, pregunta por qué se produjo ese acto.

Defender la violencia como modo de vida inexcusable, es decir, naturalizándola, supone un determinismo; no se da pauta para posibilitar la realización de acciones violentas o no violentas, además, significa su aceptación y su justificación, lo cual entorpece el convencimiento de luchar por cambiar aquellas situaciones de violencia.

Pretendo rubricar la posible y factible superación de la violencia que vivimos cotidianamente, defendiendo la tesis de que la violencia no es un estado inamovible. Intento construir una mirada que logre hacer presente la paz.

Esta propuesta formula una posibilidad de erigir a la paz como viable, si logramos comprender la transformación de la realidad, la posibilidad de alcanzar la reconciliación social (Galtung, 1998), así como lograr la resolución y la trascendencia de los conflictos y la violencia, todos ellos, posibles mediante el recurso imaginativo. Tal recurso da la pauta para construir una praxis pacífica.

El propósito fundamental de este texto es proponer que la naturaleza humana no está inherentemente inclinada hacia la violencia, y que existe la posibilidad de realizar un cambio significativo hacia la resolución pacífica de los conflictos. Se busca argumentar que, a lo largo de la historia, el recurso a la violencia ha demostrado ser contraproducente, perpetuando un ciclo en el que "el mal engendra más mal".

En este contexto, el texto subraya la importancia de cuestionar nuestros conceptos de justicia y fomenta la reflexión sobre cómo nos gustaría ser tratados antes de recurrir a acciones irracionales o éticamente cuestionables. Se hace hincapié en la idea de que, si una acción beneficia a uno mismo, es posible extender este principio a una

forma más amplia de justicia social que pueda ser aplicada de manera universal.

Este escrito se estructura a partir del concepto de imaginación ética, el cual funge como eje; parte de lo que vivimos y de lo que muchos señalan como inexcusable, en tanto involucra la violencia con sus formas legitimadoras.

En aras de anular o superar esa ceguera, retomo la irrevocable tarea de pensar la paz desde la ética, estimando sus prospectivas y las posibilidades que tenemos hacia el futuro. Éstas habrán de construirse con una racionalidad incluyente, abierta, cordial y emocional, la cual permita la concientización en relación con las situaciones que pueden estar ausentes en nuestra realidad y que echamos en falta para lograr la paz posible de edificarse desde un proceso ético imaginativo. Este mecanismo posibilita pensar como si estuviéramos en el lugar de los demás, proveyéndonos de imágenes posibles para vivir mejor y en concordia. Las formas de violencia, tanto explícitas como estructurales y culturales, que se han legitimado y justificado de algún modo en nuestro ámbito vital, deben rechazarse críticamente y ser trascendidas mediante la presencia del recurso ético imaginativo.

Presencia de los conflictos y búsqueda de la paz desde el presupuesto "si vis pacem para bellum"

A partir de los contextos de violencia que emanan de nuestra realidad vivida construyo la no-violencia y la paz. Ése es nuestro suelo y en tal realidad se encuentra la cotidianidad de los conflictos connaturales a la humanidad; tal argumento será el techo que cobije y oriente el objetivo a seguir (Galtung, 2003).

Mi atención se focaliza en los conflictos, porque de otro modo, al no resolverse, se convierten en situaciones de violencia. En vez de apelar a la fuerza y a la violencia cuando hay conflictos, sería necesario recurrir al diálogo o a la comprensión de

las situaciones, es decir, apelar a la escucha o a la resolución pacífica con beneficios para todos.

Las formas explosivas de violencia, generalmente directa, ya sea física, verbal o psicológica, denotan violencias estructurales y culturales encubiertas, que subyacen a las formas sociales y justifican las violencias directas. (Galtung, 2003: 109). De ahí que, si no se resuelven los conflictos, positiva y creativamente, se trastocan en violencia. Pero ¿cómo transformar los conflictos por medios pacíficos?

Es esencial distinguir entre estas formas de violencia, que buscan eliminar el conflicto mediante la eliminación del antagonista, y los propios conflictos, que representan situaciones sin resolver. También es crucial comprender la importancia de la propuesta de transformar y superar estos conflictos, ya que como se ha señalado anteriormente, 'la violencia engendra violencia'. Podemos visualizar este fenómeno como una espiral descendente que se cierra, similar a un incendio que arrasa con una casa hasta destruirla por completo.

Johan Galtung considera que, si se utilizan medios positivos y convenientes, tales como el uso de la empatía, la creatividad y la no violencia, es posible la transformación de los conflictos. Si se logra esto, el conflicto será entonces constructivo y tendrá un carácter positivo. Por ello, los estudios y reflexiones teóricas en torno a este tema iluminan la posibilidad de la paz. Debemos prepararnos para la paz (Galtung, 2003: 19) porque es lo que buscamos; ésa es la forma para revertir el histórico dictum repetido hasta el cansancio: si quieres la paz prepara la guerra, enunciación que ha sido la forma usual para enfrentar el tema de la paz, mediada por la violencia y la guerra. Este aserto habrá de modificarse, ya que "si el fin es la supervivencia, entonces el medio ha de potenciar la vida" (Galtung, 2003: 14) y no cancelarla, como suele suceder.

Históricamente se ha demostrado que, en muchas ocasiones, la búsqueda de la paz ha estado acompañada de la preparación para la guerra. Es

evidente al observar que la mayoría de los estados mantienen fuerzas armadas, aunque afirmen que su objetivo es la paz. Esta dinámica se resume en la frase propuesta en el texto: 'Si quieres la paz, prepárate para ella'. En este sentido, los conflictos resueltos de manera pacífica pueden ser constructivos y productivos.

En este contexto, es fundamental destacar la importancia de las propuestas de la doctrina social en relación con la solidaridad y la subsidiariedad. Solo cuando entendemos al otro desde su propia realidad, podemos entablar un diálogo constructivo que lo ayude de manera no violenta y no sustitutiva a encontrar soluciones para el conflicto. Esto implica comprender y perdonar su incapacidad o falta de conocimiento de manera gradual.

El perdón se convierte, en este contexto, en la habilidad de comprender la realidad que el otro experimenta, permitiendo así la reconciliación y la construcción de la paz desde un entendimiento más profundo y compasivo. El adagio inicial de este apartado ha sido acorde con el sobredimensionamiento de la violencia y la guerra en la historia, y, en varias ocasiones, ha legitimado el poder destructivo y violento como una de las formas inevitables de progreso (Muñoz y López, 2000; Muchebled, 2010: 11). Por lo tanto, la guerra acaba siendo entendida como el motor de la sociedad y la historia. Sin embargo, y esto es lo que intento mostrar, no debe ignorarse que la paz también tiene su recorrido, aunque, en muchas ocasiones, ha sido una historia silenciosa en las relaciones entre las personas, los pueblos y las culturas.

Darle visibilidad a las imágenes de paz es una exigencia ética y, asimismo, es un requerimiento ético visibilizar las situaciones violentas, en tanto "el silencio y la apatía legitiman la violencia" (Galtung, 1996: 13). Se trata, pues, de rescatar y hacer visibles estos procesos para impulsar una nueva forma de enfrentar la realidad, sin los prejuicios arraigados que cancelan las posibilidades en torno a la paz. Con ello, si queremos la paz preparémonos para ella, escuchémosla, evitemos ser sordos ante sus lamentaciones (Erasmus, 2000: 392).

Es fundamental comprender la historia y los episodios de violencia que hemos presenciado, dejando de lado la nociva noción de que la guerra actúa como el motor de la sociedad o el progreso. Por el contrario, lo que debemos internalizar es que el verdadero progreso emana de la resolución de conflictos, y que esta resolución puede alcanzarse de manera pacífica.

Pensar la paz desde la ética

Buscar la paz implica tener confianza en el ser humano, por lo cual, las normas éticas no pueden escapar del testimonio de la realidad. Esa certeza de que las cosas podrían ser de otra manera movió a Mahatma Gandhi, y es lo que filósofos de la paz, como Galtung, han defendido.

Esto lleva inmediatamente a preguntar ¿cómo postular el concepto de paz sin vincularlo con la guerra? Resulta complicado, pues parece que ambos conceptos son concurrentes y simultáneos, y quizás en las sociedades originarias no existiera ni uno ni el otro, puesto que, por un lado, la guerra no había nacido todavía como realidad y tampoco la paz había nacido como idea. Sin embargo, conforme la guerra aparece como fenómeno, tanto ella como sus horrores debían explicarse y ser apreciados con un horizonte de esperanza en el cual la guerra no emergiera. No tenemos constancia de su conceptualización porque no había preocupación ni conciencia por el problema, o no había transcurrido tiempo suficiente para que éste fuera fijado (Muñoz y López, 2007: 19).

A la par, la paz se especifica por la interacción de los tipos de paz: negativa y positiva (Galtung, 2003: 31). En conjunción implican, por un lado, la no interferencia con las necesidades básicas, como es el caso de la paz negativa, y, por el otro, el de la paz positiva, en la que tiene presencia la libertad, en lugar de la represión. En esta última acepción aparece la equidad en lugar de la explotación, el diálogo frente al dominio, la integración en vez de la segmentación, la solidaridad y no la atomización; prevalece así la participación en lugar

de la marginación. El sentido negativo no basta —en tanto no-violencia.

La paz trasciende la mera ausencia de conflictos. Engloba la materialización activa de la justicia, la cual va de la mano con la igualdad, la dignidad, la inclusión y el reconocimiento.

Ahora bien, en los terrenos de la ética existen autores que han relacionado la violencia con el problema del mal, como lo hizo Kant en su momento y Ricoeur en el siglo XX. En ellos se madura la visión ética del mal y el tema de la violencia se sitúa al interior de esta cuestión. Kant habla del mal “entretejido en la naturaleza misma y enraizado en ella, de ahí que podamos llamar a esta propensión, una propensión natural al mal” (Kant, 1969: 42). Tal propensión se lleva a cabo mediante situaciones violentas. De este modo, el problema del mal es ético por ser un problema práctico de las acciones. La finitud hace posible la moral, es ocasión pero a la vez se puede superar mediante el ejercicio de la libertad. El deseo permite ser moral o no. Es bueno cuando la voluntad actúa libremente y malo cuando la moral sucumbe, en este caso se falsea la propia libertad.

¿Será, como dice Kant, que el ser humano es malo por naturaleza? Esto sería negar la libertad inherente al ser humano y, por ende, la posibilidad de alcanzar la justicia. “Si queremos la paz, debemos hacer la paz (o pacem),” la cual reside tanto en el fin como en los medios. Además, en el proceso de búsqueda de la paz, la libertad de las personas está en juego. Cada individuo busca su plenitud, su perfección, o más bien, lo que está destinado a ser. Reconociendo que esta plenitud humana es intrínsecamente relacional y comunitaria, se desafía la noción de que los seres humanos están inherentemente inclinados hacia la violencia. Esto no descarta el conflicto cotidiano en sus vidas, sino que reconoce que estas resoluciones no necesariamente deben recurrir a la violencia. Como propone la doctrina social, siempre se debe apelar al diálogo como el camino para resolverlos.

Kant vincula el mal radical con el egoísmo (2005:

106) y el deseo natural de satisfacer nuestras inclinaciones, pasiones y amor a nosotros mismos, expresados en el conflicto, el cual es subsanado por el derecho. El mal triunfa cuando los intereses y las necesidades propias pesan más que la ley moral; con ello, el ser humano es criminal precisamente porque es libre. La existencia del mal necesita de una exigencia moral que equilibre las acciones ante la desoladora abundancia del mal moral expresada en violencias, muchas de las cuales llegan hasta la muerte, la explotación y la desconsideración del mal ajeno. Si bien en el corazón humano hay una inclinación a la maldad por la perversión de ese corazón (Kant, 1969: 37), también hay una disposición al bien (Kant, 1969: 26 y 35) que puede ser restaurada. Es una inclinación al mal radical que surge de la relación social y se expresa en la insociable sociabilidad (Santiago, 2004: 140) formulada en el conflicto. Para Kant, la paz no es lo natural entre los seres humanos, sino una conquista de su voluntad consciente, esto significa que debe ser instaurada (Kant, 2005: 81).

Si bien, como dice Kant, el ser humano tiene una inclinación hacia el mal (que yo preferiría llamar una jerarquía desordenada de bienes debido a su naturaleza caída), Kant también nos hace notar que la persona tiene una disposición, un anhelo, hacia el bien que la perfecciona. Esta disposición se conquista a través de la voluntad, y esta voluntad debe ser libre. Es decir, deseamos el bien que nos atrae y lo buscamos porque lo reconocemos como bueno para nosotros mismos.

Brevemente, y porque me interesa mostrar cómo el tema de la violencia ha sido planteado por algunos autores en el marco del tema del mal, hago este alto en el presente inciso. Así lo hizo Ricoeur, quien despliega la tríada mal-injusticia-violencia apoyándose en Ensayo sobre el mal de Jean Nabert. Desde esta obra, Ricoeur sostiene que el sentimiento de lo injustificable es una contradicción profunda surgida con el desgarramiento de un mal sufrido. "Lo injustificable es, pues, el mal en su desmesura", que muestra una oposición "entre lo que somos y lo que deberíamos ser" (Etxeberria, 1994: 51). Lo injustificable, sanciona

Ricoeur (2004a: 17) —es decir, el mal—, puede ser comprendido por la vía del símbolo.

La experiencia del mal se expresa por la desmesura y la discordancia, y sólo podemos comprenderlo por medio de la experiencia de lo injustificable. Los seres humanos modernos —diría Ricoeur— viven una crisis del símbolo que se muestra en el hundimiento de los grandes mitos fundadores de nuestra cultura. La cancelación de los símbolos anula la posibilidad del reconocimiento, porque el símbolo es un signo de reconocimiento mutuo entre las personas (Ricoeur, 2005). La muerte del símbolo da pie al desarrollo de la violencia y del sufrimiento, inhabilitando cualquier posibilidad de narratividad, de modo que el mito pierde su función simbólica (Ricoeur, 2004a: 171). Entonces, el mundo de los mitos es un mundo roto, como lo afirma Ricoeur en la simbólica del mal (2004a: 17).

El mal entra en el mundo cuando un ser humano es obligado a hacerlo "porque cede al apremio del adversario; [...] al poner el mal, la libertad es cautiva de otro" (Ricoeur, 2004a: 17), lo cual se traduce en injusticia y violencia.

Como apuntaba antes, la violencia de las sociedades tradicionales u originarias es arquetípica y se encuentra anclada en el centro simbólico de la sociedad (Girard, 2005). El mal es posible en el ser humano y la posibilidad de la violencia reside en la constitución de las personas, en la falibilidad (Ricoeur, 2004a: 21 y 166), y, diría yo, al igual que la paz, en sus posibilidades, así como en la cancelación de esos mitos y, por ende, de sus símbolos. Ahora bien, esos grandes símbolos y mitos son generados por una imaginación comunicativa en permanente apertura a las posibles, por un lado, maneras explicativas de esa realidad y, por otro lado, demandas esperanzadoras hacia lo que ha de venir. De ahí la relevancia de la presencia de tales símbolos y mitos para pensar en la posibilidad de la paz.

Regresando al punto que me ocupa, definir la paz como "el conjunto de situaciones en las que se

opta por la no violencia" (Jiménez, 2011: 117), permite comprenderla como posible, desde la promoción de escenarios de diálogo, mediante la reconciliación, la tolerancia y la solidaridad. La paz favorece forjar el respeto de los otros, considerar la simbólica humana, reconocer la dignidad humana y la relevancia del entorno físico.

Con todo esto, pensar la paz conlleva todo un bagaje del pensamiento ético que implica el respeto a las personas, por su dignidad y una responsabilidad solidaria (Cortina, 1985).

En nuestras realidades muchas veces presenciamos sólo paces (Martínez, 2001) sencillas y relativas a ciertas acciones de nuestra cotidianidad. Son paces no siempre tan manifiestas; en muchas ocasiones son silenciosas y se evidencian en la convivencia diaria de buena vecindad supuesta en las relaciones comunes (Enríquez, 2000: 229-253).

El concepto de paz se convierte en una realidad vivible en diversas dimensiones. Todas estas paces miran hacia una misma meta que se despliega como el ideal regulativo kantiano de La metafísica de las costumbres. Es ahí donde la racionalidad práctica o racionalidad de la acción veta la guerra y señala que "la razón práctico-moral expresa en nosotros su veto irrevocable: no debe haber guerra; ni guerra entre tú y yo en el estado de naturaleza, ni guerra entre nosotros como Estados" (Kant, 1999: 195). Evidentemente, esta prohibición es coherente con la búsqueda de la excelencia humana y es congruente con la paz. El estado de naturaleza kantiano debe dejar posibilidades para salir de ese estado, así como lograr la concordia desde la discordia (Kant, 2005: 115).

La misma razón prohíbe de manera inequívoca la guerra, ya sea entre individuos o entre estados. Esta prohibición busca promover la excelencia humana y está en concordancia con el concepto de paz. Según la perspectiva kantiana, el estado de naturaleza humana debe ofrecer oportunidades para abandonar la violencia y lograr la concordia a pesar de las discordias.

En consecuencia, las diferentes formas de hacer la paz –enmarcadas en el espacio ético– previenen la violencia ayudándose del diálogo crítico, de la comunicación y del respeto a los demás. Dicho diálogo ha de ser apuntalado por el carácter imaginativo y creativo para superar las situaciones conflictuales.

En resumen, las diversas maneras de buscar la paz dentro del ámbito ético evitan la violencia mediante el uso del diálogo crítico, la comunicación y el respeto hacia los demás. Este diálogo debe respaldarse con un enfoque imaginativo y creativo para superar situaciones conflictivas.

Por esto, la relevancia de tener presente la eventualidad de crear imaginativamente realidades o soluciones y, con ellas, la posibilidad de ponerse en el lugar de los otros y de llevar a cabo ficciones realizables, así como la eventualidad de mundos posibles. Estos recursos éticos, en conjunción, favorecen la paz (Kant, 1973: 232 y 269).

Por lo tanto, es crucial reconocer la importancia de la capacidad para crear de manera imaginativa realidades o soluciones. Esto implica la posibilidad de comprender la perspectiva de los demás y de llevar a cabo ficciones realizables, así como la exploración de mundos posibles. La combinación de estos recursos éticos contribuye de manera positiva a la promoción de la paz.

Asimismo, la racionalidad práctica tiene sus razones éticas y desde ellas se impone un deber: el de poder vivir como si pudiéramos alcanzar la paz, "como si fuera algo que a lo mejor no es, y elaborar la constitución que nos parezca más idónea para lograrla [...] y acabar con la terrible guerra" (Kant, 1999: 195). Esta propuesta se liga con la posibilidad de imaginarnos de mutuamente como personas valiosas y con derechos de interlocución en los ámbitos de una ética de la justicia, desde una ética de la responsabilidad con los otros y en un denuedo de alcanzar conjuntamente beneficios mutuos. Éstos son los arrestos por los que se inducen las formas de alcanzar dicha paz, de modo tal que los

ideales regulativos también fungen como metas a lograr.

La racionalidad práctica se fundamenta en principios éticos que nos imponen un deber crucial: vivir como si pudiéramos alcanzar la paz, incluso cuando esta posibilidad pueda ser incierta. Este enfoque nos insta a desarrollar la constitución y las normativas que consideremos más adecuadas para lograrla.

Esta propuesta se relaciona intrínsecamente con nuestra capacidad para imaginarnos mutuamente como individuos valiosos, dotados de derechos de interlocución en un contexto de ética basada en la justicia. Asimismo, implica una ética de la responsabilidad hacia los demás, y un firme compromiso de buscar beneficios mutuos de manera conjunta.

El punto de vista ético, provee una pequeña luz potente en los conflictos de la acción, pues son susceptibles de resolverse y urgentes cuando se refieren a los intereses generalizables que anhelan el alcance de la paz.

Universalizar la paz a todas las personas es un presupuesto ético, pero también una meta ética. Es algo debido, justo de manera deontológica y buscado en un sentido teleológico, por bueno. Si queremos la paz tenemos que hacer la paz (o paces), la cual está en el fin, pero también en los medios. Además, en el proceso está en juego la libertad de las personas.

Obviamente, hay salvedades que se vinculan con la deuda que existe con las necesidades básicas pendientes de lograr y desarrollar (Galtung, 2010: 13; 2003: 266); sin la realización de tales necesidades difícilmente tenemos autonomía o libertad. Así, llevar a cabo los planes de vida implica la satisfacción de esas necesidades básicas (Nussbaum, 2002b: 115), de ahí que la paz por medios pacíficos sea afrontada con racionalidad y con respeto al ser humano y a sus necesidades básicas.

Para alcanzar la paz y la concordia, es esencial satisfacer las necesidades básicas de cada individuo o ciudadano como requisito fundamental. Siguiendo la propuesta de la Doctrina Social, se busca el bien común, permitiendo que cada persona pueda mirar al mundo con esperanza, logrando para todos, el bienestar, el buen hacer y el buen ser. Este requisito es inigualable en la consecución de la resolución de conflictos de manera no violenta. Para lograrlo, se requiere de la imaginación ética, una habilidad que aún no se ha desarrollado completamente. Este es el desafío que enfrentamos.

La imaginación ética parte de lo vivido, de los casos experimentados que suscitan recursos de invención, creatividad, destrezas, ingenio y sagacidad. Todos estos recursos encuentran los elementos que parten desde la realidad y se articulan con las situaciones universalizables. De esta manera, se asemeja a la frónesis aristotélica que implica asentarse en lo contextual y en lo real (García, 2014a: 153), donde se sitúa la praxis, en el ámbito comunitario y político. Con estos recursos se pueden crear formas imaginativas que posibiliten la apertura de escenarios posibles para la paz.

Esta propuesta se liga con la posibilidad de imaginarnos de otra manera, como si estuviéramos en otro momento y en otra realidad, con el ánimo de que esto se podrá obtener si nos reconocemos mutuamente como personas valiosas y con derechos de interlocución en los ámbitos de una ética de la justicia, desde una ética de la responsabilidad con los otros y en un denuedo de alcanzar conjuntamente beneficios mutuos. Éstos son los arrestos por los que se inducen las formas de alcanzar dicha paz, de modo tal que los ideales regulativos también fungen como metas a lograr.

Esta propuesta se relaciona con nuestra capacidad de imaginar una realidad diferente, como si estuviéramos en otro momento y en otro contexto. Su objetivo principal es alcanzar esta perspectiva al reconocernos mutuamente como seres valiosos con derechos de interlocución en el marco de una ética basada en la justicia. Esta

idea surge de una ética de responsabilidad hacia los demás, respaldada por el esfuerzo conjunto de buscar beneficios mutuos. Estos son los impulsos que motivan las diversas formas de alcanzar la paz, de manera que los ideales reguladores también sirvan como metas alcanzables.

El punto de vista ético provee una pequeña luz potente en los conflictos de la acción, pues son susceptibles de resolverse y urgentes cuando se refieren a los intereses generalizables que anhelan el alcance de la paz. Universalizar la paz a todas las personas es un presupuesto ético, pero también una meta ética. Es algo debido, justo de manera deontológica y buscado en un sentido teleológico, por bueno.

Si queremos la paz tenemos que hacer la paz (o paces), la cual está en el fin, pero también en los medios. Además, en el proceso está en juego la libertad de las personas. Obviamente, hay salvaduras que se vinculan con la deuda que existe con las necesidades básicas pendientes de lograr y desarrollar (Galtung, 2010: 13; 2003: 266); sin la realización de tales necesidades difícilmente tenemos autonomía o libertad. Así, llevar a cabo los planes de vida implica la satisfacción de esas necesidades básicas (Nussbaum, 2002b: 115), de ahí que la paz por medios pacíficos sea afrontada con racionalidad y con respeto al ser humano y a sus necesidades básicas.

La imaginación ética parte de lo vivido, de los casos experimentados que suscitan recursos de invención, creatividad, destrezas, ingenio y sagacidad. Todos estos recursos encuentran los elementos que parten desde la realidad y se articulan con las situaciones universalizables. De esta manera, se asemeja a la frónesis aristotélica que implica asentarse en lo contextual y en lo real (García, 2014a: 153), donde se sitúa la praxis, en el ámbito comunitario y político. Con estos recursos se pueden crear formas imaginativas que posibiliten la apertura de escenarios posibles para la paz.

Posibilidades para construir la imaginación ética.

La resolución de incompatibilidades o (su) trascendencia [...] con mucha frecuencia es una cuestión de imaginación. (GALTUNG, 2003: 161)

El hilo conductor de mis reflexiones se sitúa en la imaginación ética, como posibilidad prospectiva para asir la paz, y parte de la interrogación de cómo trascender los ciclos de violencia que subyugan a nuestra comunidad humana.

La superación de la violencia se forja por la capacidad de generar y construir con la imaginación ética, para desde ella sospechar, inventar, crear y forjar una idea que dé pauta para superar dicha violencia logrando —por medio de su construcción— la paz. Esa imaginación exige la capacidad de figurarnos una serie de relaciones que incluya a todos los potenciales frentes humanos, incluidos, por supuesto, nuestros enemigos (Carlin, 2013: 1). Es preciso generar un cambio creativo ante la violencia prolongada y, además, explorar cómo ha de ser ese proceso creativo, en tanto elemento que nutra la construcción de la paz; siempre buscando solucionar qué es lo que hace posible ir más allá de los patrones arraigados de los conflictos.

La superación de la violencia se logra mediante la capacidad de emplear la imaginación ética, que nos permite cuestionar, idear, crear y desarrollar un concepto que sirva de brújula para dejar atrás la violencia y, a través de su materialización, alcanzar la paz. Esta facultad requiere la habilidad de concebir una red de relaciones que incluya a todos los actores humanos posibles, incluso aquellos a quienes consideramos como enemigos, fomentando la empatía.

Es imperativo promover un cambio creativo como respuesta a la violencia prolongada, al tiempo que exploramos el proceso creativo como un componente enriquecedor en la construcción de la paz. Siempre estamos en busca de soluciones que nos permitan superar los patrones arraigados de los conflictos.

Imaginar ayuda a aproximarse a la paz viéndola como imperfecta, en tanto permite percibir ventajas, al crear mejores condiciones para lograr objetivos, tanto en el pensamiento como en la acción.

Partir de la imperfección humana acicatea para salir adelante desde ella, vislumbrando acciones de concordia. Vincular la paz con la imaginación abre posibilidades, a pesar de las reticencias históricas que han existido ante su propuesta. La imaginación se vincula con la producción simbólica y como auxiliar de la razón, haciéndola más abierta e incluyente.

De ahí que:

[...] una investigación filosófica aplicada al problema de la imaginación no puede dejar de encontrar, desde su estadio inicial, una serie de obstáculos, de paradojas y de fracasos que quizá explican el relativo eclipse del problema de la imaginación en la filosofía contemporánea. (Ricoeur, 2007: 102)

Ciertamente “la imaginación forja proyectos para la esperanza y potencia la construcción de ellos al anticipar los posibles realizables” (Etxeberría, 1995: 17).

La imaginación se enraíza en dicha realidad, pero erigiendo posibilidades hacia aquello que podemos hacer venir o realizar en el futuro. La imaginación¹⁴ está relacionada con una reconstrucción de lo pasado para impulsar una nueva edificación de lo que vendrá, pues la imaginación significa hacer presente lo ausente y se apoya en dos recursos: el recuerdo y la representación. La creatividad de la imaginación se expresa desde el pensamiento moderno —en autores como Vico, Gracián y Kant— y en el contemporáneo con Edmund Husserl, quien sostiene que “la ficción constituye el elemento fundamental de la fenomenología, como de todas las ciencias eidéticas. La ficción es la fuente en la que se alimenta el conocimiento de las verdades eternas” (citado en Etxeberría, 1995: 23). En tal ficción se rompe el círculo de la facticidad, “es ella la que permite ensayar variaciones ilimitadas que nos abren a posibles, es ella la que da toda su

envergadura a la libertad de la ideación” (Etxeberría, 1995: 23). De ahí que la imaginación se desprenda de la percepción, convirtiéndose en condición de posibilidad de la creatividad misma.

La imaginación está enfocada, desde la perspectiva de la fenomenología, como función de lo irreal, pero tomando recursos de lo real. De este modo, se sitúa en los terrenos de la ética, en tanto posibles históricos individuales y colectivos, los cuales se vinculan con los imaginarios sociales y de manera importante con la utopía. Esta última es una cuestión que no se debe obviar, en tanto comprende posibilidades de imaginar situaciones mejores a las vividas. Esto permite pensar el alcance de la paz y la superación de situaciones de violencia y de injusticia social, impulsándose varias posibilidades para tener otro mundo posible, haciendo manifiesta la utopía real y posible. Con ello, el triángulo de la violencia se transformaría en uno de paz.

Al buscar situaciones diferentes, la imaginación forjará e inventará formas, es decir, los cómo, transformando la realidad para alcanzar modelos nuevos de paz. Las experiencias vividas dan la pauta para pensar creativamente cuando vemos cómo se han resuelto, en el seno de conflictos, los procesos de paz. La imaginación permite el desarrollo de nuestras capacidades de percepción más allá de lo que visualizamos, por ello es un acto de creación; además, su característica propia es la de trascender lo dado. De ese modo “se atraparé la paz precisamente porque la violencia es la conducta de alguien incapaz de imaginar otras soluciones a los problemas que se le presentan” (Fisas, 2002: 58). El vacío de imaginación supone la cancelación de los sueños anulando la posibilidad de paz y justicia.

Por tanto, la imaginación trasciende la mera percepción y se erige como la condición que posibilita la creatividad en su esencia. Este aspecto reviste una importancia fundamental, ya que implica la capacidad de concebir situaciones que vayan más allá de las experiencias actuales. Esta habilidad facilita la reflexión acerca de la amplitud de la paz y la solución de situaciones

caracterizadas por la violencia y la injusticia social, abriendo numerosas posibilidades para imaginar un mundo alternativo, más óptimo y, sobre todo, en armonía.

La imaginación ética se congratula con la posibilidad de trascender constructivamente los ciclos de violencia en la comunidad humana, buscando cambios genuinos. Para esto es ineludible apelar a la memoria que transmite significados del pasado. Es preciso ligar el pasado, el presente y el futuro. El olvido no ayuda, es inevitable recordar, para desde ahí apuntar hacia adelante. Se intenta alcanzar acuerdos que no son necesariamente soluciones “en cuanto a contenidos, sino más bien son propuestas para procesos negociados que, si se producen cambiarán las expresiones del conflicto y suministrarán cauces para redefinir las relaciones” (Lederach, 2007: 85). La intencionalidad de la imaginación versa sobre una ausencia que busca la presencia de lo ausente (Ricoeur, 2004b: 23), de ahí que desempeñe un papel prospectivo. Es ausente, pero puede estar presente si así lo determinamos. La urgencia de las capacidades proyectivas hacia futuros posibles hace aproximarse a la imagen de la ficción creadora de los procesos imaginativos.

Además, como Jano, la imaginación mira al pasado porque de ahí obtiene sus recursos fundamentales y sus insatisfacciones, éstos son sus referentes; a la vez mira al futuro, al ser réplica de algo ausente, pero a la vez indagando las ficciones heurísticas en la lógica de la invención. Se busca insertar lo posible e imaginado en lo real (Ricoeur, 2004a: 55) y el coraje de lo posible se pone en contacto con la imaginación (Etxeberria, 1995: 76).

De esta manera, se afirma que “la paz se alcanzará precisamente porque la violencia surge de la incapacidad de imaginar alternativas a los problemas que se presentan” (Fisas, 2002: 58). La falta de imaginación resulta en la anulación de los sueños, lo que a su vez elimina la posibilidad de lograr la paz y la justicia.

Consideraciones finales, la esperanza: una mirada de la imaginación para construir la paz

La teoría de la imaginación para la paz incide de manera aplicada en la reconstrucción del mundo humano. No sorprende que desde la imaginación surja la imagen de la reconciliación, la cual lleva a la esperanza. La imaginación para la paz no es ilusoria y trata de desenmascarar la falsa realidad al proyectar —en un umbral de inteligibilidad— situaciones superiores y mejores. Por ello, es la capacidad de dejar que nuevos mundos formen la comprensión de nosotros mismos al implicar nuestra imaginación, y desde ella se presume la posibilidad de transformar nuestra existencia, nuestras visiones del mundo y nuestras acciones sobre él. Transformar la realidad a partir de imágenes de reconstrucción, reconciliación y resolución motivan la cancelación de la venganza y la revancha como formas pragmáticas y estratégicas que conllevan violencia.

Situarse en el lugar del otro muestra cómo la imaginación hace presente el lazo asociativo que da lugar a la simpatía con el otro (Etxeberria, 1995: 78). El hecho de imaginar es relevante en la visualización de los otros que, por ser fines en sí mismos, tienen un valor absoluto; con ello, apreciamos que la paz se constituye como postulado ético. Desde allí se puede orientar la acción —de manera esperanzada—, abriendo el campo de lo posible como ejercicio de la imaginación, pensando de otro modo el ser social.

En suma, insistir en que la imaginación construye la paz a partir de los vínculos con lo real es lo que he defendido, y a partir de ello es que se posibilitan otros modos de ser.

Al involucrar nuestra imaginación, se presume la posibilidad de transformar nuestra existencia, nuestras visiones del mundo y nuestras acciones sobre él. La transformación de la realidad a través de imágenes de reconstrucción, reconciliación y resolución motiva la eliminación de la venganza

y la revancha como formas pragmáticas y estratégicas que conllevan violencia.

La capacidad de imaginar adquiere relevancia al visualizar a los demás como fines en sí mismos, poseyendo un valor absoluto. A través de esto, reconocemos que la paz se establece como un postulado ético.

De ahí que tal imaginación creadora de carácter ético auxilie para concebir creativamente anhelos y pretensiones de paz. Justo así se construyen modelos de sociedad proyectadas, sugiriendo modelos de sociedades no violentas, sociedades pacíficas que censuran y reprueban a la sociedad beligerante presente.

Es una mirada ética sobre el mundo que imprime la convicción de posibilidades mejores. Aun en los cielos más sombríos, el horizonte que aparece e impulsa para seguir adelante es aquel que irrumpe en la realidad y procede con una imaginación creadora continua, ante las lógicas belicistas.

La superación y trascendencia de los conflictos y situaciones de violencia permiten lograr la paz. La violencia, en general, va mermando la capacidad de transformación de los conflictos debido a que "vuelve pesimista a la gente" (Galtung, 1998: 112). De ahí que reconstruir las heridas y los efectos de la violencia, reconciliarnos con el mundo, restañarlo y resarcirlo imaginativamente permite construir una sociedad menos violenta y ratificará la posibilidad de hacer las paces.

Para lograr la paz, es crucial superar y trascender los conflictos y la violencia. La violencia, en general, tiende a generar pesimismo, disminuyendo así la capacidad de resolver problemas de manera positiva. Por lo tanto, reconstruir las heridas y los efectos de la violencia, reconciliarnos con el mundo y visualizarlo de manera más positiva nos ayuda a construir una sociedad menos violenta y refuerza la posibilidad de alcanzar la paz.

BIBLIOGRAFÍA

1. Carlin, John (2013), "Me llamaban cobarde por tender la mano. La fuerza de la concordia", entrevista a Nelson Mandela, *El País*, Madrid, 7 de diciembre, pp. 1-6.
2. Cortina, Adela (1985), *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria*, Salamanca, Sígueme.
3. Enríquez del Árbol, Eduardo (2000), "La paz y las relaciones internacionales en los inicios del mundo moderno", en Francisco Adolfo Muñoz y Mario López Martínez (eds.), *Historia de la paz. Tiempos, espacios y actores*, Granada, Universidad de Granada, pp. 229-253.
4. Erasmo de Róterdam (2000), *Lamentaciones de la paz*, en *Obras completas*, Madrid, Gredos.
5. Echenberg, Margo, Inés Sáenz y Osmar Sánchez (2014), *¿Humanidades, para qué? Imaginando mundos posibles: testimonios/lecciones/visiones desde la literatura (en prensa)*.
6. Etxeberria, Xabier (1995), *Imaginario y Derechos Humanos desde Paul Ricoeur*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
7. Etxeberria, Xabier (1994), "El pensamiento de Ricoeur en torno a la violencia", en José Antonio Binaburo Iturbide y Xabier Etxeberria Mauleon (eds.), *Pensando en la violencia*. Desde W. Benjamin, H. Arendt, R. Girard, P. Ricoeur, Bilbao/Madrid, Bakeaz/Libros de la Catarata.
8. Etxeberria, Xabier (1985), "La educación ante el fenómeno de la violencia", *Hitz Irakaskuntza*, vol. 20, mayo, pp. 32-53.
9. Fisas, Vicenç (2002), *La paz es posible*, Barcelona, Intermón Oxfam.
10. Galtung, Johan (2010), *Trascender y transformar. Una introducción al trabajo de conflictos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Quimera.
11. Galtung, Johan (2004), *Violencia cultural*, Bilbao, Gernika Gogoratuz.
12. Galtung, Johan (2003), *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Bilbao, Gernika Gogoratuz.
13. Galtung, Johan (1998), *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz.
14. Galtung, Johan (1996), *Peace by Peaceful Means*, Londres, PRIO International Peace Research Institute Oslo/Sage Publications. [Versión en español (2003), *Paz por medios pacíficos*, Bilbao, Gernika Gogoratuz.]
15. García González, Dora Elvira (2014a), *El sentido común. Reflexiones ético-políticas*, México, Plaza y Valdés/Cátedra UNESCO de Ética y Derechos Humanos.
16. García González, Dora Elvira (2014b), "El cultivo de la imaginación literaria como recurso del aprendizaje ético y la búsqueda de la paz", en Margo Echenberg, Inés Sáenz y Osmar Sánchez (eds.), *¿Humanidades, para qué? Imaginando mundos posibles: testimonios/lecciones/ visiones des- de la literatura (en prensa)*.
17. García González, Dora Elvira (2013), "Pensar la esperanza desde lo posible: reflexiones recurrentes", en Eduardo E. Parrilla (ed.), *La utopía posible, tomo I: Reflexiones y acercamientos*, Monterrey, Tecnológico de Monterrey, pp. 350-369.
18. Girard, René (2005), *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama.
19. Jiménez, Francisco (2011), *Racionalidad pacífica. Una introducción a los estudios para la paz*, Madrid, Dykinson.
20. Kant, Immanuel (2005), *La paz perpetua*, Madrid, Biblioteca Nueva.
21. Kant, Immanuel (1999), *La metafísica de las costumbres*, Madrid, Tecnos.
22. Kant, Immanuel (1973), *Crítica del Juicio*, México, Porrúa.
23. Kant, Immanuel (1969), *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Madrid, Alianza Editorial.
24. Lederach, John Paul (2007), *La imaginación moral. El arte y el alma de la construcción de la paz*, Bilbao/Madrid, Bakeaz/Gernika Gogoratuz.
25. Lévi-Strauss, Claude (2005), *El pensamiento salvaje*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
26. Martínez, Vincent (2001), *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona, Icaria.
27. Michaud, Yves (1998), *La violence*, París, Presses Universitaires de France.
28. Muchembled, Robert (2010), *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*, Madrid, Paidós/Contextos.
29. Muñoz, Francisco A. y Mario López Martínez (eds.) (2007), *La paz imperfecta*, Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada.
30. Muñoz, Francisco A. y Mario López Martínez (2003), "El re-conocimiento de la historia de la paz", *Eirene* 12, cap. 1, Universidad de Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos [<http://www.ugr.es/~eirene/eirene/eirene12cap1.pdf>], fecha de consulta: 4 de septiembre de 2014.
31. Muñoz, Francisco A. y Mario López Martínez (eds.) (2000), *Historia de la paz. Tiempos, espacios y actores*, Granada, Universidad de Granada.
32. Nardin, Terry (1996), "The comparative ethics of war and peace", en Terry Nardin, *The Ethics of War and Peace. Religious and Secular Perspectives*, Nueva Jersey, Princeton University Press, pp. 245-263.
33. Nussbaum, Martha (2005), *El cultivo de la humanidad*, Barcelona, Paidós.
34. Nussbaum, Martha (2002a), *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*, Barcelona, Paidós.
35. Nussbaum, Martha (2002b), *Las mujeres y el desarrollo humano*, Barcelona, Herder.
36. Nussbaum, Martha (1997), *Justicia poética: la imaginación literaria y la vida pública*, Barcelona, Andrés Bello.
37. Porée, Jérôme (2006), "Paul Ricoeur y la cuestión del mal", *Agora, Papeles de Filosofía*, vol. 25, núm. 2, p. 48 [<http://www.scribd.com/doc/162018841/Paul-Ricoeur-y-la-cuestion-del-Mal-pdf>], fecha de consulta: 8 de enero de 2014.
38. Ricoeur, Paul (2007), *Hermenéutica y acción. De la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, Docencia/Prometeo [<http://www.scribd.com/doc/88730561/Ricoeur-La-imaginacion-en-el-discurso-y-en-la-accion>], fecha de consulta:
39. Ricoeur, Paul (2005), *Caminos del reconocimiento*, Madrid, Trotta.
40. Ricoeur, Paul (2004a), *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Trotta.
41. Ricoeur, Paul (2004b), *Historia, memoria y olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
42. Ricoeur, Paul (2003), *Conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
43. Ricoeur, Paul (1990), *Historia y verdad*, Madrid, Encuentro.
44. Santiago, Teresa (2004), *Función y crítica de la guerra en la filosofía de I. Kant*, México/Barcelona, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa/Anthropos.
45. Torres, Mauro (2012), *¡La guerra!: Enfermedad congénita de la humanidad (etiología)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Dora Elvira García González: Profesora-investigadora y actualmente Directora de Investigación de la Escuela de Educación, Humanidades y Ciencias Sociales del Tecnológico de Monterrey. Autora de varios libros, entre ellos: Reflexiones ético-políticas del sentido común (México, Plaza y Valdes/UNESCO, 2014); Del poder político al amor al mundo (México, Tecnológico de Monterrey/Porrúa, 2005); El liberalismo hoy. Una reconstrucción crítica del pensamiento de John Rawls (México, Plaza y Valdes, 2002); Hermenéutica analógica, cultura y política (México, Dúcere, 2001); Variaciones en torno al liberalismo (Sinaloa, Universidad Autónoma de Sinaloa/Galileo, 2000). Coordinadora de otros libros: Trascender la violencia: críticas y propuestas interdisciplinarias para construir la paz (México, Cátedra UNESCO de Ética y Derechos Humanos/Porrúa, 2014); Reflexiones contemporáneas sobre filosofía de la cultura. Horizontes y encrucijadas (México, Tecnológico de Monterrey/ Porrúa, 2011); con Carlos Kohn, Omar Astorga (coords.), Pensamiento político contemporáneo: corrientes fundamentales (México, Universidad Central de Venezuela/ Tecnológico de Monterrey/Porrúa/Espacio Ana Frank, 2011); Dignidad y exclusión. Retos teórico-prácticos de los derechos humanos (México, Tecnológico de Monterrey/ Porrúa/UNESCO, 2010). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

D. R. © Dora Elvira García González, México D.F., julio-diciembre, 2014.

PREGUNTAS

Una Aproximación al ideal de la paz desde la imaginación ética.

Por Dora Elvira García González.

Comentada por María Teresa García Quintanal.

1

¿Cuál es la definición de paz que se propone en el texto y cómo se relaciona con la no violencia?

2

¿Cómo se argumenta que la imaginación ética puede contribuir a la construcción de la paz?

3

¿Cuál es el papel de la reconciliación y la tolerancia en el proceso de construcción de la paz, según el texto?

4

¿Por qué se sostiene que la violencia disminuye la capacidad de transformación de los conflictos y cómo puede la imaginación ayudar a superar este obstáculo?

5

¿Cómo se relaciona la idea de utopía con la capacidad de imaginar un mundo más pacífico y justo, según el autor del texto?



**An Approach to the Ideal
of Peace through Ethical
Imagination**

An Approach to the Ideal of Peace through Ethical Imagination. By Dora Elvira García González.

Commented by María Teresa García Quintanal.

Abstract.

This article analyzes the possibility of building peace from the violent reality we live in and glimpses possible ways to transcend and transform this reality. This opens channels that challenge those who defend violence as an inevitable reality, whose forms are invisible, legitimized, and naturalized. Transforming the various expressions of violence requires resolving conflicts to break the cycle of violence and transform it into peaceful processes. The hypothesis put forward refers to the possibility of constructing peace—or peaces—through the use of ethical imagination that achieves reconciliation.

Keywords.

Conflict, Ethical Imagination, Peace, Transformation, Violence

An Approach to the Ideal of Peace through Ethical Imagination.

By Dora Elvira García González.

Commented by María Teresa García Quintanal.

The Starting Scenario

I understand violence as avoidable affronts to basic human needs and more globally against life. (GALTUNG, 2003: 27)

The mark left by violence throughout history cannot be ignored, especially in the spaces where we live daily. Aspirations to see more clearly in this scenario compel us to reflect on the naturalization of violence and its role as a justifying disposition of evil in the world.

It seems that human beings are inherently violent, and with this in mind, violence is justified, thinking that there is no way to avoid it.

The possibilities of seeing reality differently are canceled out when they are considered useless because they are seen as utopian. However, I argue that, despite these skeptical views, we are obligated to seek situations of peace and find paths by rethinking and re-signifying the reality before us, to explore possible alternatives from an ethical imagination. This goes against certain pessimistic views that consider pacifist proposals as utopias, so positions that start from ethics and seek peace have no place in the public and political sphere of life. From this point of view, the aspirations for peace with ethical overtones are limited and forgotten for pragmatic reasons. Fortunately, the aspirations to achieve such peace do not diminish in the face of daily aggressions, generalized violence, and deliberate killings of innocents, as if this were part of reality and could not be avoided; or as if the measures taken by the disproportionate forces of the State were irremediably required to protect public safety (Nardin, 1996: 54).

The problem with thinking that violence cannot be avoided is that there are always innocent victims in any conflict.

Undoubtedly, the bellicose paradigms are entrenched in our societies, in the structures, and also in our collective imaginations. These paradigms constitute structural violence but also cultural violence, justifying such behaviors that are based on the former. Overcoming violence—its transcendence and transformation in society—requires processes of change, awareness-raising, and ethical proposals to think creatively about fairer and better situations for all members of society. This overcoming is also related to a creative and imaginative way of dealing with conflicts, ultimately involving the realization of reconciliation processes.

Human beings essentially communicate through language to convey ideas. However, at times, clarity in communication is hindered, either due to the lack of precision on the part of the sender or the receiver's inability to understand the idea presented. This lack of understanding can lead to conflicts, arising from the misinterpretation of a request, comment, or action.

Human beings are constantly faced with the challenge of interpreting the ideas proposed by others and the actions they take. The fundamental problem addressed in this text is that, as a society, we have not learned to resolve these "conflicts" peacefully. We have not established effective communication that allows us to resolve disagreements through constructive dialogue, precisely understanding the needs and ideas of others without resorting to violence.

To achieve this, a process of change involving imagination and transforming violent patterns of behavior into interactions based on constructive dialogue is necessary. Instead of following the logic of "if you are attacked, respond with more force," the proposal is to adopt the perspective of "if you face an aggression, inquire why that act occurred."

Defending violence as an inexcusable way of life, that is, naturalizing it, implies determinism; it does not provide guidelines to enable violent or non-violent actions, and it signifies acceptance and justification, which hinders the conviction to strive for change in situations of violence.

I intend to underline the possible and feasible overcoming of the violence we experience daily, defending the thesis that violence is not an immovable state. I attempt to construct a perspective that can make peace present.

This proposal formulates the possibility of making peace viable if we manage to understand the transformation of reality, the possibility of achieving social reconciliation (Galtung, 1998), as well as achieving the resolution and transcendence of conflicts and violence, all of which are possible through imaginative resources. This resource provides a guide to building a peaceful praxis.

The fundamental purpose of this text is to propose that human nature is not inherently inclined toward violence and that there is a possibility of making a significant change toward peaceful conflict resolution. The argument is that, throughout history, the use of violence has proven to be counterproductive, perpetuating a cycle in which "evil begets more evil."

In this context, the text emphasizes the importance of questioning our concepts of justice and encourages reflection on how we would like to be treated before resorting to irrational or ethically questionable actions. The idea is emphasized that if an action benefits oneself, it is possible to extend this principle to a broader form of social justice that can be applied universally.

This text is structured around the concept of ethical imagination, which serves as the axis; it starts from what we live and what many consider inexcusable, as it involves violence with its legitimizing forms.

In order to eliminate or overcome this blindness, I take up the irrevocable task of thinking about peace from an ethical perspective, considering

its prospects and the possibilities we have for the future. These must be built with an inclusive, open, cordial, and emotional rationality, one that allows us to become aware of situations that may be absent from our reality and that we miss in order to achieve possible peace built from an imaginative ethical process. This mechanism enables us to think as if we were in the place of others, providing us with possible images to live better and in harmony. The forms of violence, both explicit and structural, that have been legitimized and justified in some way in our vital environment, must be critically rejected and transcended through the presence of ethical imagination.

Presence of conflicts and the search for peace based on the assumption "si vis pacem para bellum" (if you want peace, prepare for war)

From the contexts of violence emanating from our lived reality, I build non-violence and peace. This is our ground, and in such a reality, there is the everydayness of conflicts inherent to humanity; this argument will be the framework that shelters and guides the objective to follow (Galtung, 2003).

My focus is on conflicts because, if they are not resolved, they turn into situations of violence. Instead of resorting to force and violence when conflicts arise, it would be necessary to resort to dialogue or understanding of the situations, that is, to appeal to listening or peaceful resolution for the benefit of all.

The explosive forms of violence, generally direct, whether physical, verbal, or psychological, denote hidden structural and cultural violence, underlying social forms and justifying direct violence. (Galtung, 2003: 109). Hence, if conflicts are not resolved positively and creatively, they turn into violence. But how can conflicts be transformed through peaceful means?

It is essential to distinguish between these forms of violence, which seek to eliminate conflict by eliminating the antagonist, and conflicts themselves, which represent unresolved situations. It is also crucial to understand the importance of proposing to transform and overcome these conflicts since, as mentioned earlier, 'violence begets violence.' We can visualize this phenomenon as a descending spiral that closes, similar to a fire that burns down a house until it is completely destroyed.

Johan Galtung believes that if positive and appropriate means, such as empathy, creativity, and non-violence, are used, it is possible to transform conflicts. If this is achieved, the conflict will then be constructive and have a positive character. Therefore, theoretical studies and reflections on this topic shed light on the possibility of peace. We must prepare for peace (Galtung, 2003: 19) because that is what we seek; that is the way to reverse the historical dictum repeated to exhaustion: if you want peace, prepare for war, a statement that has been the usual way to address the issue of peace, mediated by violence and war. This assertion must be modified since "if the end is survival, then the means must enhance life" (Galtung, 2003: 14) and not cancel it, as usually happens.

Historically, it has been shown that, on many occasions, the pursuit of peace has been accompanied by preparation for war. It is evident when observing that most states maintain armed forces, even though they claim their goal is peace. This dynamic is summarized in the phrase proposed in the text: 'If you want peace, prepare for it.' In this sense, conflicts resolved peacefully can be constructive and productive.

In this context, it is essential to emphasize the importance of the proposals of social doctrine regarding solidarity and subsidiarity. Only when we understand the other from their own reality can we engage in constructive dialogue that helps them non-violently and non-substitutively find solutions to the conflict. This implies understanding and forgiving their gradual incapacity or lack of knowledge.

Forgiveness becomes, in this context, the ability to understand the reality that the other experiences, thus allowing reconciliation and the construction of peace from a deeper and more compassionate understanding. The initial adage of this section has been in line with the exaggeration of violence and war in history, and, on several occasions, it has legitimized destructive and violent power as one of the inevitable forms of progress (Muñoz and López, 2000; Muchebled, 2010: 11). Therefore, war ends up being understood as the engine of society and history. However, and this is what I am trying to show, it should not be ignored that peace also has its history, although, on many occasions, it has been a silent history in relations between people, peoples, and cultures.

Giving visibility to images of peace is an ethical requirement, and it is also an ethical requirement to make violent situations visible since "silence and apathy legitimize violence" (Galtung, 1996: 13). It is, therefore, a matter of rescuing and making these processes visible to promote a new way of facing reality, without the deep-rooted prejudices that cancel the possibilities of peace. With this in mind, if we want peace, let's prepare for it, let's listen to it, let's not be deaf to its laments (Erasmus, 2000: 392).

It is essential to understand the history and episodes of violence that we have witnessed, leaving aside the harmful notion that war acts as the engine of society or progress. On the contrary, we must internalize that true progress comes from conflict resolution, and this resolution can be achieved peacefully.

Thinking about peace from an ethical perspective.

Seeking peace involves having trust in human beings, which is why ethical norms cannot escape the testimony of reality. This certainty that things could be different motivated Mahatma Gandhi, and it is what peace philosophers like Galtung have defended.

This immediately leads to the question of how to conceptualize the concept of peace without linking it to war. It's complicated because it seems that both concepts are concurrent and simultaneous, and perhaps in original societies, neither existed since, on one hand, war had not yet emerged as a reality, and on the other hand, peace had not yet emerged as an idea. However, as war appears as a phenomenon, both it and its horrors had to be explained and appreciated with a horizon of hope in which war did not arise. We have no record of its conceptualization because there was no concern or awareness of the problem, or enough time had not passed for it to be defined (Munoz and Lopez, 2007:19).

At the same time, peace is specified by the interaction of types of peace: negative and positive (Galtung, 2003: 31). Together, they imply, on one hand, non-interference with basic needs, as in the case of negative peace, and, on the other hand, positive peace, in which freedom is present instead of repression. In this latter sense, equity replaces exploitation, dialogue replaces domination, integration replaces segmentation, solidarity replaces atomization, and participation prevails over marginalization. The negative sense alone is not enough— it's not just about non-violence.

Peace transcends mere absence of conflicts. It encompasses the active realization of justice, which goes hand in hand with equality, dignity, inclusion, and recognition.

Now, in the field of ethics, there are authors who have related violence to the problem of evil, as Kant did in his time and Ricoeur in the 20th century. In their work, they mature the ethical vision of evil, and the issue of violence is situated within this question. Kant speaks of evil as "woven into nature itself and rooted in it, so we can call this propensity a natural propensity to evil" (Kant, 1969: 42). This propensity is carried out through violent situations. Thus, the problem of evil is ethical because it's a practical problem of actions. Finiteness makes

morality possible, it provides the occasion but at the same time can be overcome through the exercise of freedom. Desire allows for morality or its absence. It's good when the will acts freely and bad when morality succumbs, in this case, one's own freedom is distorted.

Could it be, as Kant suggests, that humans are inherently evil? This would deny the inherent freedom of humans and therefore the possibility of achieving justice. "If we want peace, we must make peace," which resides in both the end and the means. Moreover, in the process of seeking peace, the freedom of individuals is at stake. Each individual seeks their fulfillment, their perfection, or rather, what they are destined to be. Recognizing that this human fulfillment is inherently relational and communal challenges the notion that humans are inherently inclined towards violence. This doesn't dismiss everyday conflicts in their lives but recognizes that these resolutions do not necessarily have to resort to violence. As social doctrine suggests, dialogue must always be the path to resolving them.

Kant links radical evil to selfishness (2005: 106) and the natural desire to satisfy our inclinations, passions, and self-love, expressed in conflict, which is remedied by right. Evil triumphs when self-interest and personal needs outweigh moral law; thus, humans become criminals precisely because they are free. The existence of evil requires a moral demand that balances actions in the face of the overwhelming abundance of moral evil expressed in violence, much of which leads to death, exploitation, and disregard for the evil of others. While there is an inclination to evil in the human heart due to the perversion of that heart (Kant, 1969: 37), there is also a disposition to good (Kant, 1969: 26 and 35) that can be restored. It is an inclination to radical evil that arises from social relationships and is expressed in unsociable sociability (Santiago, 2004: 140) formulated in conflict. For Kant, peace is not natural among human beings, but rather a conquest of their conscious will, which means it must be established (Kant, 2005: 81).

While, as Kant says, humans have an inclination toward evil (which I would prefer to call a disordered hierarchy of goods due to their fallen nature), Kant also points out that individuals have a disposition, a longing, for the good that perfects them. This disposition is achieved through the will, and this will must be free. In other words, we desire the good that attracts us and seek it because we recognize it as good for ourselves.

Briefly, and because I am interested in showing how the theme of violence has been raised by some authors within the framework of the problem of evil, I make this pause in this section. This is what Ricoeur did, who unfolds the triad of evil-injustice-violence based on Jean Nabert's *Essay on Evil*. From this work, Ricoeur argues that the feeling of the unjustifiable is a profound contradiction that arises with the tearing apart of a suffered evil. "The unjustifiable is, therefore, evil in its excess," which shows an opposition "between what we are and what we should be" (Etxeberría, 1994: 51). The unjustifiable, Ricoeur argues (2004a: 17) - that is, evil - can be understood through the symbol.

The experience of evil is expressed through excess and discord, and we can only understand it through the experience of the unjustifiable. Modern humans - Ricoeur would say - are experiencing a crisis of symbols, as seen in the collapse of the great founding myths of our culture. The cancellation of symbols negates the possibility of recognition because the symbol is a sign of mutual recognition among people (Ricoeur, 2005). The death of the symbol gives rise to the development of violence and suffering, disabling any possibility of narrative, so the myth loses its symbolic function (Ricoeur, 2004a: 171). Thus, the world of myths is a broken world, as Ricoeur asserts in the symbolism of evil (2004a: 17).

Evil enters the world when a human being is forced to do it "because they succumb to the pressure of the adversary; [...] by committing evil, freedom becomes captive of another" (Ricoeur, 2004a: 17), which translates into injustice and violence.

As mentioned before, the violence of traditional or indigenous societies is archetypal and is anchored in the symbolic center of society (Girard, 2005). Evil is possible in humans, and the possibility of violence lies in the constitution of individuals, in their fallibility (Ricoeur, 2004a: 21 and 166), and, I would say, in the same way as peace, in their possibilities, as well as in the cancellation of those myths and, therefore, of their symbols. However, those great symbols and myths are generated by an imaginative communication that is constantly open to possible explanations on one hand and hopeful demands for what is to come on the other hand. Hence the relevance of the presence of such symbols and myths in thinking about the possibility of peace.

Returning to the point at hand, defining peace as "the set of situations in which non-violence is chosen" (Jimenez, 2011: 117) allows us to understand it as possible through the promotion of dialogue scenarios, through reconciliation, tolerance, and solidarity. Peace promotes the respect for others, the consideration of human symbolism, the recognition of human dignity, and the importance of the physical environment.

With all this, thinking about peace carries a baggage of ethical thought that involves respecting people for their dignity and a sense of solidarity (Cortina, 1985).

In our realities, we often witness only simple and relative peaces (Martinez, 2001), related to certain actions in our daily lives. These peaces are not always so evident; often, they are silent and manifest themselves in the daily coexistence of assumed good neighborliness in common relationships (Enriquez, 2000: 229-253).

The concept of peace becomes a livable reality in various dimensions. All these peaces aim at the same goal, which unfolds as Kant's regulative ideal of the *Metaphysics of Morals*. This is where practical rationality or rationality of action vetoes war and states that "moral practical reason

expresses its irrevocable veto in us: there must be no war; neither war between you and me in the state of nature nor war between us as States" (Kant, 1999: 195). Obviously, this prohibition is consistent with the pursuit of human excellence and is congruent with peace. Kant's state of nature must leave possibilities for exiting that state, as well as achieving concord from discord (Kant, 2005: 115).

Practical rationality is based on ethical principles that impose on us a crucial duty: to live as if we could achieve peace, "as if it were something that may not be, and elaborate the constitution that seems most suitable to achieve it [...] and end the terrible war" (Kant, 1999: 195). This proposal is linked to the possibility of imagining each other as valuable individuals with interlocutory rights in the realms of an ethics of justice, from an ethics of responsibility towards others, and in a determination to jointly achieve mutual benefits. These are the motivations for the ways to achieve such peace, so that regulatory ideals also serve as achievable goals.

The ethical perspective provides a powerful guiding light in the conflicts of action, as they are susceptible to resolution and urgent when they relate to generalizable interests that seek the attainment of peace. Universalizing peace for all people is an ethical premise, but also an ethical goal. It is something owed, just deontologically and sought teleologically, as good. If we want peace, we have to make peace (or peaces), which is both in the end and in the means. Furthermore, the freedom of individuals is at stake in the process. Obviously, there are exceptions related to the debt that exists with the basic needs yet to be achieved and developed (Galtung, 2010: 13; 2003: 266); without the fulfillment of such basic needs, autonomy or freedom is hardly achievable. Thus, achieving life plans implies the satisfaction of these basic needs (Nussbaum, 2002b: 115), which is why peace through peaceful means must be confronted with rationality and respect for human beings and their basic needs.

To achieve peace and harmony, it is essential

to satisfy the basic needs of each individual or citizen as a fundamental requirement. Following the proposal of Social Doctrine, the common good is sought, allowing each person to look at the world with hope, achieving well-being, good doing, and good being for all. This requirement is indispensable in achieving conflict resolution in a non-violent manner. To achieve this, we need ethical imagination, a skill that has not yet been fully developed. This is the challenge we face.

Ethical imagination starts from what is lived, from experienced cases that evoke resources of invention, creativity, skills, ingenuity, and shrewdness. All these resources find elements that start from reality and are articulated with universalizable situations. In this way, it resembles Aristotelian phronesis, which involves grounding oneself in the contextual and the real (Garcia, 2014a: 153), where praxis is situated in the communal and political sphere. With these resources, imaginative forms can be created to open up possible scenarios for peace.

Therefore, it is crucial to recognize the importance of the capacity to imaginatively create realities or solutions. This implies the possibility of understanding the perspective of others and of carrying out achievable fictions, as well as exploring possible worlds. The combination of these ethical resources positively contributes to the promotion of peace.

Furthermore, practical rationality has its ethical reasons, and from them, a duty is imposed: to live as if we could achieve peace, "as if it were something that may not be, and elaborate the constitution that seems most suitable to achieve it [...] and end the terrible war" (Kant, 1999: 195). This proposal is intrinsically linked to our ability to imagine each other as valuable individuals with interlocutory rights in the context of an ethics based on justice. It also implies an ethics of responsibility towards others and a strong commitment to jointly seek mutual benefits. These are the impulses that motivate the various ways of achieving peace, so that regulatory ideals also serve as achievable goals.

The ethical perspective provides a powerful guiding light in the conflicts of action, as they are susceptible to resolution and urgent when they relate to generalizable interests that seek the attainment of peace. Universalizing peace for all people is an ethical premise, but also an ethical goal. It is something owed, just deontologically and sought teleologically, as good.

If we want peace, we have to make peace (or peaces), which is both in the end and in the means. Furthermore, the freedom of individuals is at stake in the process. Obviously, there are exceptions related to the debt that exists with the basic needs yet to be achieved and developed (Galtung, 2010: 13; 2003: 266); without the fulfillment of such basic needs, autonomy or freedom is hardly achievable. Thus, achieving life plans implies the satisfaction of these basic needs (Nussbaum, 2002b: 115), which is why peace through peaceful means must be confronted with rationality and respect for human beings and their basic needs.

Ethical imagination starts from what is lived, from experienced cases that evoke resources of invention, creativity, skills, ingenuity, and shrewdness. All these resources find elements that start from reality and are articulated with universalizable situations. In this way, it resembles Aristotelian phronesis, which involves grounding oneself in the contextual and the real (García, 2014a: 153), where praxis is situated in the communal and political sphere. With these resources, imaginative forms can be created to open up possible scenarios for peace.

Therefore, it is crucial to recognize the importance of the capacity to imaginatively create realities or solutions. This implies the possibility of understanding the perspective of others and of carrying out achievable fictions, as well as exploring possible worlds. The combination of these ethical resources positively contributes to the promotion of peace.

Furthermore, practical rationality has its ethical reasons, and from them, a duty is imposed: to live as if we could achieve peace, “as if it were something that may not be, and elaborate the constitution that seems most suitable to achieve it [...] and end the terrible war” (Kant, 1999: 195). This proposal is intrinsically linked to our ability to imagine each other as valuable individuals with interlocutory rights in the context of an ethics based on justice. It also implies an ethics of responsibility towards others and a strong commitment to jointly seek mutual benefits. These are the impulses that motivate the various ways of achieving peace, so that regulatory ideals also serve as achievable goals.

The ethical perspective provides a powerful guiding light in the conflicts of action, as they are susceptible to resolution and urgent when they relate to generalizable interests that seek the attainment of peace. Universalizing peace for all people is an ethical premise, but also an ethical goal. It is something owed, just deontologically and sought teleologically, as good.

Likewise, practical rationality has its ethical reasons, and from them, a duty emerges: the ability to live as if we could achieve peace, “as if it were something that may not be, and to develop the constitution that seems most suitable to achieve it [...] and put an end to the terrible war” (Kant, 1999: 195). This proposal is closely linked to the possibility of imagining ourselves as valuable individuals with rights to engage in ethical justice, based on a sense of responsibility towards others and a commitment to jointly achieve mutual benefits. These are the driving forces behind the ways to attain such peace, so that the regulative ideals also serve as achievable goals.

Practical rationality is founded on ethical principles that impose a crucial duty upon us: to live as if we could achieve peace, even when this possibility may be uncertain. This approach encourages us to develop the constitution and regulations that we deem most appropriate to attain it.

This proposal is intrinsically related to our ability to imagine each other as valuable individuals, endowed with rights to engage in a context of justice-based ethics. It also implies an ethics of responsibility towards others and a strong commitment to seeking mutual benefits together.

The ethical perspective provides a powerful guiding light in conflicts of action, as they can be resolved and are urgent when they concern generalizable interests that aspire to achieve peace. Universalizing peace for all people is both an ethical presupposition and an ethical goal. It is something owed, justifiably, in a deontological sense, and sought after in a teleological sense, as something inherently good. If we desire peace, we must actively work to achieve it, which is inherent in both the end and the means. Furthermore, the process also involves the freedom of individuals.

Of course, there are exceptions related to the debt that exists regarding pending basic needs that need to be fulfilled and developed (Galtung, 2010: 13; 2003: 266); without the fulfillment of such basic needs, autonomy or freedom is challenging to attain. Thus, the pursuit of life plans involves the satisfaction of these basic needs (Nussbaum, 2002b: 115), which is why the pursuit of peace through peaceful means must be approached with rationality and respect for human beings and their basic needs.

To achieve peace and harmony, it is essential to satisfy the basic needs of each individual or citizen as a fundamental requirement. Following the proposal of Social Doctrine, we seek the common good, allowing each person to look at the world with hope, achieving well-being, good deeds, and a virtuous existence for all. This requirement is unparalleled in achieving non-violent conflict resolution. To achieve this, it requires ethical imagination, an ability that has not yet been fully developed. This is the challenge we face.

Ethical imagination starts from lived experiences that trigger resources of invention, creativity, skills, ingenuity, and sagacity. All these resources

find elements rooted in reality and intersect with universalizable situations. In this way, it resembles Aristotelian phronesis, which involves grounding oneself in the contextual and the real (García, 2014a: 153), where praxis is situated, in the community and political sphere. With these resources, imaginative forms can be created to open up possible scenarios for peace.

Possibilities for building ethical imagination.

This proposal is linked to the possibility of imagining ourselves differently, as if we were in another time and reality, with the aim that this can be achieved if we recognize each other as valuable individuals with rights to engage in the realms of an ethics of justice, based on an ethics of responsibility towards others, and a firm commitment to jointly achieve mutual benefits. These are the driving forces behind the various ways to attain such peace, so that the regulative ideals also serve as achievable goals.

The ethical perspective provides a powerful guiding light in conflicts of action, as they can be resolved and are urgent when they concern generalizable interests that aspire to achieve peace. Universalizing peace for all people is both an ethical presupposition and an ethical goal. It is something owed, justifiably, in a deontological sense, and sought after in a teleological sense, as something inherently good.

If we want peace, we must make peace (or peaces), which is inherent in both the end and the means. Additionally, freedom of individuals is at stake in the process. Obviously, there are exceptions related to the debt that exists regarding pending basic needs that need to be fulfilled and developed (Galtung, 2010: 13; 2003: 266); without the fulfillment of such basic needs, autonomy or freedom is challenging to attain. Thus, the pursuit of life plans involves the satisfaction of these basic needs (Nussbaum, 2002b: 115), which is why the pursuit of peace through peaceful means must be approached with

rationality and respect for human beings and their basic needs.

Imagination helps approach peace by seeing it as imperfect, as it allows for perceiving advantages and creating better conditions for achieving objectives, both in thought and action.

Starting from human imperfection prompts us to move forward, envisioning conciliatory actions. Linking peace with imagination opens up possibilities, despite historical reservations that have existed regarding its proposal. Imagination is connected to symbolic production and serves as an aid to reason, making it more open and inclusive.

Hence:

" [...] a philosophical investigation applied to the problem of imagination cannot help but encounter, from its initial stage, a series of obstacles, paradoxes, and failures that may explain the relative eclipse of the problem of imagination in contemporary philosophy" (Ricoeur, 2007: 102).

Certainly, "imagination forges projects for hope and enhances their construction by anticipating achievable possibilities" (Etxeberría, 1995: 17). Imagination is rooted in reality but creates possibilities for what we can bring into the future. Imagination is related to a reconstruction of the past to propel a new construction of what will come, as imagination means making the absent present and relies on two resources: memory and representation. The creativity of imagination is expressed in modern thought—by authors such as Vico, Gracián, and Kant—and in contemporary thought by Edmund Husserl, who argues that "fiction constitutes the fundamental element of phenomenology, as well as all eidetic sciences. Fiction is the source that nourishes knowledge of eternal truths" (cited in Etxeberría, 1995: 23). In such fiction, the circle of facticity is broken, "it is she who allows unlimited variations to be attempted, opening up possible paths, it is she who gives full scope to the freedom of ideation" (Etxeberría, 1995: 23). This is why imagination detaches itself from

perception, becoming a condition for the possibility of creativity itself.

Imagination is focused, from a phenomenological perspective, on the function of the unreal but draws on resources from the real. In this way, it is situated in the realms of ethics, as individual and collective historical possibilities, which are also linked to social imaginaries and, significantly, to utopia. The latter is a matter that should not be overlooked, as it encompasses possibilities of imagining better situations than those experienced. This allows us to think about the scope of peace and overcoming situations of violence and social injustice, presenting several possibilities for having a different possible world, making real and possible utopia manifest. Thus, the triangle of violence would be transformed into one of peace.

By seeking different situations, imagination will forge and invent ways, the "hows," transforming reality to achieve new models of peace. Lived experiences provide guidance for creative thinking when we see how peace processes have been resolved within conflicts. Imagination enables the development of our perceptual capacities beyond what we visualize, making it an act of creation; moreover, its intrinsic characteristic is transcending the given. Therefore, "peace will be achieved precisely because violence arises from the inability to imagine alternatives to the problems that arise" (Fisas, 2002: 58). The lack of imagination results in the cancellation of dreams, which in turn eliminates the possibility of peace and justice.

Therefore, imagination transcends mere perception and serves as the condition that enables creativity at its core. This aspect is of fundamental importance since it implies the ability to conceive situations that go beyond current experiences. This skill facilitates reflection on the breadth of peace and the solution of situations characterized by violence and social injustice, opening numerous possibilities to imagine an alternative world, more optimal and, above all, in harmony.

Ethical imagination is pleased with the possibility of constructively transcending cycles of violence in the human community, seeking genuine change. For this, it is inevitable to appeal to memory that conveys meanings from the past. It is necessary to link the past, the present, and the future. Forgetfulness does not help; it is inevitable to remember, to aim forward from there. We seek to reach agreements that are not necessarily solutions "in terms of content, but rather proposals for negotiated processes that, if they occur, will change the expressions of conflict and provide channels for redefining relationships" (Lederach, 2007: 85). The intentionality of imagination is about an absence that seeks the presence of the absent (Ricoeur, 2004b: 23), which is why it plays a prospective role. It is absent but can be present if we so determine. The urgency of projective capabilities towards possible futures brings us closer to the image of the creator fiction of imaginative processes.

Furthermore, like Janus, imagination looks to the past because it obtains its fundamental resources and dissatisfactions from there; these are its references. At the same time, it looks to the future, being a replica of something absent but also exploring heuristic fictions in the logic of invention. It seeks to insert the possible and imagined into the real (Ricoeur, 2004a: 55), and the courage of the possible comes into contact with imagination (Etxeberria, 1995: 76).

In this way, it is affirmed that "peace will be achieved precisely because violence arises from the inability to imagine alternatives to the problems that arise" (Fisas, 2002: 58). The lack of imagination results in the annulment of dreams, which in turn eliminates the possibility of achieving peace and justice.

Final Considerations, Hope: A Glimpse of Imagination to Build Peace.

The theory of imagination for peace has a practical impact on the reconstruction of the human world. It's not surprising that from imagination arises the image of reconciliation, which leads to hope. Imagination for peace is not illusory; it aims to unmask false reality by projecting - within a threshold of intelligibility - superior and better situations. Therefore, it is the ability to allow new worlds to shape our understanding of ourselves by involving our imagination, and from it, we presume the possibility of transforming our existence, our worldviews, and our actions upon it. Transforming reality through images of reconstruction, reconciliation, and resolution motivates the abandonment of revenge and retribution as pragmatic and strategic forms that entail violence.

Placing oneself in the other's position shows how imagination makes present the associative bond that gives rise to sympathy with the other (Etxeberria, 1995: 78). The act of imagining is relevant in visualizing others who, as ends in themselves, possess absolute value. Through this, we recognize that peace is established as an ethical postulate. From there, action can be oriented - hopefully - by opening up the realm of the possible as an exercise of imagination, thinking differently about social being.

In summary, insisting that imagination constructs peace based on connections with reality is what I have defended, and from this, other ways of being are made possible. By engaging our imagination, we presume the possibility of transforming our existence, our worldviews, and our actions upon it. The transformation of reality through images of reconstruction, reconciliation, and resolution motivates the abandonment of revenge and retribution as pragmatic and strategic forms that entail violence.

The ability to imagine becomes relevant when viewing others as ends in themselves, possessing absolute value. Through this, we recognize that peace is established as an ethical postulate. This creative imagination of an ethical nature

helps to conceive hopes and aspirations for peace creatively. In this way, projected models of societies are constructed, suggesting models of non-violent societies that condemn and disapprove of the present belligerent society.

It is an ethical perspective on the world that instills the conviction of better possibilities. Even in the darkest skies, the horizon that appears and urges us to move forward is the one that breaks into reality and proceeds with continuous creative imagination, against belligerent logics.

Overcoming and transcending conflicts and situations of violence allow us to achieve peace. Violence, in general, diminishes the capacity to transform conflicts because it "makes people pessimistic" (Galtung, 1998: 112). That is why reconstructing the wounds and effects of violence, reconciling with the world, and imaginatively healing and mending it allows us to build a less violent society and reaffirm the possibility of making peace.

To achieve peace, it is crucial to overcome and transcend conflicts and violence. Violence, in general, tends to make people pessimistic, thereby reducing the ability to positively solve problems. Therefore, reconstructing the wounds and effects of violence, reconciling with the world, and envisioning it more positively helps us build a less violent society and strengthens the possibility of achieving peace.

BIBLIOGRAPHY

1. Carlin, John (2013), "They called me a coward for extending my hand. The Power of Concord," Interview with Nelson Mandela, *El País*, Madrid, December 7, pp. 1-6.
2. Cortina, Adela (1985), *Communicative Reason and Solidarity Responsibility*, Salamanca, Sígueme.
3. Enríquez del Árbol, Eduardo (2000), "Peace and International Relations at the Beginning of the Modern World," in Francisco Adolfo Muñoz and Mario López Martínez (eds.), *History of Peace. Times, Spaces, and Actors*, Granada, University of Granada, pp. 229-253.
4. Erasmus of Rotterdam (2000), *Lamentations of Peace*, in *Complete Works*, Madrid, Gredos.
5. Echenberg, Margo, Inés Sáenz, and Osmar Sánchez (2014), "Humanities, for What? Imagining Possible Worlds: Testimonies/Lessons/Visions from Literature (forthcoming)."
6. Etxeberría, Xabier (1995), *Imaginary and Human Rights from Paul Ricoeur*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
7. Etxeberría, Xabier (1994), "Ricoeur's Thought on Violence," in José Antonio Binaburo Iturbide and Xabier Etxeberría Mauleon (eds.), *Thinking about Violence. From W. Benjamin, H. Arendt, R. Girard, P. Ricoeur*, Bilbao/Madrid, Bakeaz/Libros de la Catarata.
8. Etxeberría, Xabier (1985), "Education in the Face of the Phenomenon of Violence," *Hitz Irakaskuntza*, vol. 20, May, pp. 32-53.
9. Fisas, Vicenç (2002), *Peace Is Possible*, Barcelona, Intermón Oxfam.
10. Galtung, Johan (2010), *Transcend and Transform. An Introduction to Conflict Work*, Mexico, National Autonomous University of Mexico/Quimera.
11. Galtung, Johan (2004), *Cultural Violence*, Bilbao, Gernika Gogoratuz.
12. Galtung, Johan (2003), *Peace by Peaceful Means. Peace and Conflict, Development and Civilization*, Bilbao, Gernika Gogoratuz.
13. Galtung, Johan (1998), *After Violence, 3R: Reconstruction, Reconciliation, Resolution. Facing the Visible and Invisible Effects of War and Violence*, Bilbao, Bakeaz/Gernika Gogoratuz.
14. Galtung, Johan (1996), *Peace by Peaceful Means*, London, PRIO International Peace Research Institute Oslo/Sage Publications. [Spanish version (2003), *Peace by Peaceful Means*, Bilbao, Gernika Gogoratuz.]
15. García González, Dora Elvira (2014a), *Common Sense. Ethical-Political Reflections*, Mexico, Plaza y Valdés/UNESCO.
16. García González, Dora Elvira (2014b), "The Cultivation of Literary Imagination as a Resource for Ethical Learning and the Search for Peace," in Margo Echenberg, Inés Sáenz, and Osmar Sánchez (eds.), *Humanities, for What? Imagining Possible Worlds: Testimonies/Lessons/Visions from Literature (forthcoming)*.
17. García González, Dora Elvira (2013), "Thinking Hope from the Possible: Recurrent Reflections," in Eduardo E. Parrilla (ed.), *Possible Utopia, Volume I: Reflections and Approaches*, Monterrey, Tecnológico de Monterrey, pp. 350-369.
18. Girard, René (2005), *Violence and the Sacred*, Barcelona, Anagrama.
19. Jiménez, Francisco (2011), *Peaceful Rationality. An Introduction to Peace Studies*, Madrid, Dykinson.
20. Kant, Immanuel (2005), *Perpetual Peace*, Madrid, Biblioteca Nueva.
21. Kant, Immanuel (1999), *The Metaphysics of Morals*, Madrid, Tecnos.
22. Kant, Immanuel (1973), *Critique of Judgment*, Mexico, Porrúa.
23. Kant, Immanuel (1969), *Religion within the Limits of Reason Alone*, Madrid, Alianza Editorial.
24. Lederach, John Paul (2007), *The Moral Imagination. The Art and Soul of Building Peace*, Bilbao/Madrid, Bakeaz/Gernika Gogoratuz.
25. Lévi-Strauss, Claude (2005), *The Savage Mind*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
26. Martínez, Vincent (2001), *Philosophy for Making Peace*, Barcelona, Icaria.
27. Michaud, Yves (1998), *Violence*, Paris, Presses Universitaires de France.
28. Muchembled, Robert (2010), *A History of Violence. From the End of the Middle Ages to the Present*, Madrid, Paidós/Contextos.
29. Muñoz, Francisco A. and Mario López Martínez (eds.) (2007), *Imperfect Peace*, Granada, Institute of Peace and Conflicts, University of Granada.
30. Muñoz, Francisco A. and Mario López Martínez (2003), "The Recognition of the History of Peace," *Eirene* 12, chap. 1, University of Granada, Institute of Peace and Conflicts [<http://www.ugr.es/~eirene/eirene/eirene12cap1.pdf>], date of consultation: September 4, 2014.
31. Muñoz, Francisco A. and Mario López Martínez (eds.) (2000), *History of Peace. Times, Spaces, and Actors*, Granada, University of Granada.
32. Nardin, Terry (1996), "The Comparative Ethics of War and Peace," in Terry Nardin, *The Ethics of War and Peace. Religious and Secular Perspectives*, New Jersey, Princeton University Press, pp. 245-263.
33. Nussbaum, Martha (2005), *Cultivating Humanity*, Barcelona, Paidós.
34. Nussbaum, Martha (2002a), *Creating Capabilities. Proposals for Human Development*, Barcelona, Paidós.
35. Nussbaum, Martha (2002b), *Women and Human Development*, Barcelona, Herder.
36. Nussbaum, Martha (1997), *Poetic Justice: Literary Imagination and Public Life*, Barcelona, Andrés Bello.
37. Porée, Jérôme (2006), "Paul Ricoeur and the Question of Evil," *Agora, Papers in Philosophy*, vol. 25, no. 2, p. 48 [<http://www.scribd.com/doc/162018841/Paul-Ricoeur-y-la-cuestion-del-Mal-pdf>], date of consultation: January 8, 2014.
38. Ricoeur, Paul (2007), *Hermeneutics and Action. From Textual Hermeneutics to the Hermeneutics of Action*, Buenos Aires, Catholic University of Argentina, Teaching/Prometeo [<http://www.scribd.com/doc/88730561/Ricoeur-La-imaginacion-en-el-discurso-y-en-la-accion>], date of consultation:
39. Ricoeur, Paul (2005), *Paths of Recognition*, Madrid, Trotta.
40. Ricoeur, Paul (2004a), *Finitude and Guilt*, Madrid, Trotta.
41. Ricoeur, Paul (2004b), *History, Memory, and Forgetting*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
42. Ricoeur, Paul (2003), *Conflict of Interpretations. Essays on Hermeneutics*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
43. Ricoeur, Paul (1990), *History and Truth*, Madrid, Encuentro.
44. Santiago, Teresa (2004), *Function and Critique of War in the Philosophy of I. Kant*, Mexico/Barcelona, Metropolitan Autonomous University, Iztapalapa Unit/Anthropos.
45. Torres, Mauro (2012), *War! Congenital Disease of Humanity (Etiology)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Dora Elvira García González: Professor-researcher and currently Director of Research at the School of Education, Humanities, and Social Sciences at the Tecnológico de Monterrey. Author of several books, including: *Ethical-Political Reflections of Common Sense* (Mexico, Plaza y Valdés/UNESCO, 2014); *From Political Power to Love of the World* (Mexico, Tecnológico de Monterrey/Porrúa, 2005); *Liberalism Today. A Critical Reconstruction of John Rawls' Thought* (Mexico, Plaza y Valdés, 2002); *Analogical Hermeneutics, Culture, and Politics* (Mexico, Dúcere, 2001); *Variations on Liberalism* (Sinaloa, Autonomous University of Sinaloa/Galileo, 2000). Coordinator of other books: *Transcending Violence: Interdisciplinary Critiques and Proposals for Building Peace* (Mexico, UNESCO Chair of Ethics and Human Rights/Porrúa, 2014); *Contemporary Reflections on the Philosophy of Culture. Horizons and Crossroads* (Mexico, Tecnológico de Monterrey/Porrúa, 2011); with Carlos Kohn, Omar Astorga (eds.), *Contemporary Political Thought: Fundamental Currents* (Mexico, Central University of Venezuela/Tecnológico de Monterrey/Porrúa/Espacio Ana Frank, 2011); *Dignity and Exclusion. Theoretical and Practical Challenges of Human Rights* (Mexico, Tecnológico de Monterrey/Porrúa/UNESCO, 2010). Member of the National Researchers System.

Copyright © Dora Elvira García González, Mexico City, July-December, 2014.

QUESTIONS

1

"An Approach to the Ideal of Peace through Ethical Imagination".

By Dora Elvira García González.

Commented on by María Teresa García Quintanal.

What is the definition of peace proposed in the text, and how does it relate to non-violence?

2

How is it argued that ethical imagination can contribute to the construction of peace?

3

What is the role of reconciliation and tolerance in the process of peacebuilding, according to the text?

4

Why is it argued that violence diminishes the capacity to transform conflicts, and how can imagination help overcome this obstacle?

5

How does the idea of utopia relate to the ability to imagine a more peaceful and just world, according to the author of the text?

